

## ¿ES LA POBREZA LA CAUSA DEL TERRORISMO?\*

VÍCTOR PAVÓN-VILLAMAYOR  
JORGE VELÁZQUEZ ROA

No es por medios militares como detendremos el terrorismo, ni el tráfico de drogas. Derrotaremos esto cuando enfrentemos el problema esencial, que es la pobreza.

LUIZ INACIO "LULA" DA SILVA, presidente de Brasil

DURANTE UNA DE SUS INTERVENCIONES EN la Conferencia Internacional de las Naciones Unidas sobre Financiación para el Desarrollo celebrada en 2002 en Monterrey, México, el presidente de Brasil declaró enfáticamente que la solución al terrorismo internacional radicaba más en el alivio a la pobreza que en el diseño de estrategias militares. La visión de que la pobreza se encuentra inherentemente vinculada a actividades terroristas fue también compartida por algunos otros líderes internacionales. El presidente de los Estados Unidos declaró en dicha cumbre el 22 de marzo de 2002: "Luchamos contra la pobreza porque la esperanza es una respuesta al terror." Ese año, en el Foro Económico Mundial, el entonces secretario de Estado de los Estados Unidos, Colin Powell, adujo esa misma línea de razonamiento: "El terrorismo realmente brota en donde hay pobreza, desesperación y desesperanza, donde la gente no ve un futuro."

Aunque en principio la hipótesis de considerar la pobreza como el principal germen de las actividades terroristas puede resultar en cierto modo lógica, la evidencia empírica que apoya tal línea de causalidad es claramente insuficiente. A fin de discernir si existe algún tipo de vínculo entre la pobreza y las actividades terroristas, este ensayo analiza un conjunto de estudios que han abordado el tema desde una perspectiva político-económica.

El trabajo se divide en cuatro secciones. En la primera parte, nos ocupamos de un grupo de estudios que demuestran que el vínculo directo

\* Los autores agradecen los comentarios de dos dictaminadores anónimos y, especialmente, las discusiones de los argumentos aquí expuestos con Karoline Popp.

entre pobreza y terrorismo es prácticamente inexistente. En la segunda, presentamos brevemente la evidencia de que, a diferencia de la pobreza, las libertades civiles sí pudiesen tener cierto grado de incidencia sobre la generación de actividades terroristas. La tercera sección del ensayo la destinamos a explorar la dimensión ideológica de este tipo de actividades, mientras que en la última exponemos nuestras conclusiones.

## POBREZA Y TERRORISMO

En primera instancia, es preciso mencionar que una definición más o menos precisa de terrorismo es aún materia de intenso debate.<sup>1</sup> No obstante, es posible describir las actividades terroristas como compuestas por tres rasgos característicos, a saber: el uso directo o la amenaza de usar *vías de acción violentas sobre civiles u objetivos civiles* como medio para alcanzar ciertos *objetivos de corte político*. Mamdani sostiene, por ejemplo, que los ataques de Al Qaeda en Nueva York en septiembre de 2001 obedecieron más a un patrón de motivación política que a uno de corte religioso.<sup>2</sup>

Con la anterior caracterización de actividades terroristas, procedemos ahora a discutir en qué medida la pobreza representa uno de sus factores catalizadores.

Un simple análisis de inspección de la realidad contemporánea nos conduce a pensar que el vínculo entre pobreza y terrorismo es, al menos en su vertiente directa, difícil de justificar. Consideremos por un momento la siguiente línea de razonamiento. Si la pobreza es uno de los catalizadores fundamentales del terrorismo, uno esperaría que las sociedades más pobres del mundo estuviesen infestadas de actividades terroristas o, en su defecto, fuesen la principal fuente de actos terroristas en el escenario internacional. Tomemos como referente el caso de América Latina. Según estimaciones de las Naciones Unidas, durante el año 2004, 42.9% de la población de América Latina y el Caribe vivía bajo condiciones de pobreza, mientras que 18.6% de la población regional subsistía bajo condiciones de pobreza extrema. En el ámbito de la distribución del ingreso, la región es considerada en la actualidad la zona más inequitativa del mundo en términos de la diferencia existente entre la proporción del ingreso apropiada por 20% de la población con mayores y menores ingresos, respectivamente. Para el año 2002, por

<sup>1</sup> A. Corlett, *Terrorism: A Philosophical Analysis* (serie "Estudios Filosóficos," vol. 101), Dordrecht (Holanda), Kluwer Academic Publishers, 2003.

<sup>2</sup> M. Mamdani, "Whither Political Islam? Understanding the Modern Jihad", *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2005, pp. 148-155.

ejemplo, 20% de la población con menores ingresos en la región recibía entre 2 y 9 por ciento del ingreso nacional, en tanto que 20% de la población con mayores ingresos percibía entre 42 y 62 por ciento del ingreso total.<sup>3</sup> América Latina es, en consecuencia, una de las regiones del mundo donde la magnitud de la pobreza y la desigualdad alcanza niveles ciertamente críticos.

Ahora bien, si la pobreza es un catalizador fundamental de las actividades terroristas, uno debiera esperar que la región latinoamericana estuviese plagada de este tipo de actividades. Es evidente que, a excepción de Colombia y Perú, la región no ha observado un patrón de terrorismo generalizado. Incluso, en el primer caso, aún no es del todo claro hasta qué punto las conflagraciones en territorio colombiano representan más una confrontación armada convencional que terrorismo propiamente dicho.

A fin de ilustrar con mayor precisión nuestro argumento, consideremos brevemente el caso de dos países latinoamericanos que, pese a poseer niveles comprobables de pobreza y desigualdad, han observado patrones de terrorismo muy disímiles. Si la premisa de que el terrorismo es un fenómeno desencadenado primordialmente por las condiciones de pobreza existentes en una sociedad es cierta, entonces sería de esperar que un país como la República Dominicana tuviese tantas actividades terroristas como Perú, en virtud de que los índices de pobreza y desigualdad en el primer país son comparativamente similares a los existentes en este último. Datos de la misma fuente revelan que, durante el periodo 2001-2002, el porcentaje de la población dominicana que subsiste bajo la línea de pobreza extrema era de aproximadamente 20.3, mientras que este mismo indicador para el caso peruano ascendía a 24.2. Por otra parte, la proporción del ingreso nacional que era percibido por 20% de la población con menores ingresos alcanzaba para los casos de la República Dominicana y Perú los niveles de 3.4% y 4.3%, respectivamente.

En suma, si las condiciones de pobreza en ambos países son particularmente parecidas y si nuestra hipótesis de que la pobreza es un determinante fundamental de las actividades terroristas es cierta, ¿cómo explicar entonces la escasa presencia de terrorismo en la República Dominicana a la luz de la experiencia peruana? Dos respuestas son factibles. La primera es que el marco institucional de un país es especialmente relevante para explicar el surgimiento del terrorismo. La segunda sección de este ensayo aborda brevemente las implicaciones de este argumento. Una segunda explicación podría consistir simplemente en reconocer que hemos partido de una premisa equivocada: la pobreza no genera terrorismo. A fin de verificar la vali-

<sup>3</sup> ONU, *The Millennium Development Goals: A Latin American and Caribbean Perspective*, Santiago (Chile), United Nations Publications, 2005.

dez de este último argumento, procedemos a revisar un conjunto de estudios que, desde distintas perspectivas, se han aproximado al tema que hoy nos ocupa.

En primer lugar, es posible demostrar que los países pobres enfrentan menores índices de actividad terrorista que los países ricos. Blomberg, Hess y Weerapana proveen evidencia empírica que demuestra que, entre 1968 y 1991, las áreas del mundo donde existió más terrorismo fueron precisamente las más favorecidas económicamente: Estados Unidos y Europa.<sup>4</sup> Por supuesto, zonas pobres como África no estuvieron exentas de la presencia de actos terroristas, pero el número de este tipo de actividades no fue tan elevado como en el primer conjunto de países. Así, la asociación directa entre pobreza y terrorismo resulta problemática cuando uno intenta entender la disímil presencia de actos terroristas en países con marcadas diferencias en sus niveles de pobreza.

El endeble vínculo entre pobreza y terrorismo ha sido igualmente demostrado en otros estudios. Krueger y Maleckova proveen uno en el que se refuta la tesis de asociación directa entre situación económica y propensión a apoyar o a participar en actividades terroristas en el contexto del conflicto palestino-israelí.<sup>5</sup> En primer lugar, y sobre la base de encuestas de opinión llevadas a cabo en la Franja de Gaza y Cisjordania durante diciembre de 2001, se muestra que el apoyo de la opinión pública palestina a la realización de ataques violentos contra objetivos israelíes no decrece conforme la población tiende a poseer mejores niveles educativos o a vivir con mejores estándares de vida.

En la misma encuesta se reporta incluso que los *desempleados palestinos* tienen mayor probabilidad de oponerse a la realización de ataques contra bases militares y objetivos civiles israelíes que el resto de la población. En el contexto de nuestro análisis, este último resultado no deja de ser sorprendente, ya que, si la pobreza es un catalizador del terrorismo, uno esperaría que los desempleados mostrasen una mayor disposición a apoyar actos terroristas que el resto de la población. Por otra parte, el estudio destaca que una proporción significativa de los mártires del ala armada del grupo extremista libanés Hezbolá (Al-Muqawama Al-Islamiya), que murieron durante la prosecución de actos terroristas entre 1982 y 1994, provenía de estratos cuyos estándares de vida eran muy superiores al de la pobreza y poseían mejores niveles educativos que el promedio de la población libanesa. Una tercera pieza

<sup>4</sup> B. Blomberg, G. Hess y A. Weerapana, "Economic Conditions and Terrorism", *European Journal of Political Economy*, núm. 20, 2004, pp. 463-478.

<sup>5</sup> A. Krueger y J. Maleckova, "Education, Poverty and Terrorism: Is There a Causal Connection?", *Journal of Economic Perspectives*, vol. 17, núm. 4, 2003, pp. 119-144.

de evidencia relevante es la asociada al nivel socioeconómico de los extremistas israelíes, liderados por el grupo Gush Emunim, que participaron activamente en los ataques contra objetivos palestinos a principios de la década de los ochenta. Según los datos proporcionados en el estudio, la mayoría de los miembros de este grupo extremista israelí también provenía de estratos socioeconómicos altos y bien educados.

El vínculo existente entre pobreza y terrorismo ha sido igualmente cuestionado en otros contextos, como en el caso del nacionalismo vasco en España: “¿Acaso las privaciones relativas, provocadas por los problemas económicos, son un factor detonante de la violencia política actual? Dos hechos que parecen contradecir esta hipótesis son, por una parte, el que, pese al terrorismo, la industria vasca sea una de las más prósperas de España y goce de un alto porcentaje de crecimiento económico, y por la otra, que no exista una correlación evidente entre las áreas vascas que presentan tasas relativamente altas de desempleo y la intensidad de la violencia callejera de origen político.”<sup>6</sup>

Es importante observar que el hecho de que el estrato socioeconómico del que provienen mayoritariamente los terroristas no sea el más desfavorecido de la sociedad no significa necesariamente que la cadena causal entre pobreza y terrorismo sea completamente inexistente. Es posible pensar, por ejemplo, que las élites educadas que participan activamente en actos terroristas se encuentren motivadas por la existencia de vastos segmentos de la población que vive bajo condiciones de pobreza. En otras palabras, la pobreza podría representar una fuente *indirecta* de terrorismo en la medida en que se convirtiese en la bandera de una causa política que justifique la realización de este tipo de actos. Volveremos sobre esta dimensión ideológica del terrorismo en la parte final del ensayo.

Abadie también provee evidencia a favor de la tesis de que el terrorismo no se encuentra vinculado con sociedades pobres una vez que factores como el nivel de libertades políticas son incorporados en el análisis.<sup>7</sup>

Por otra parte, Angrist –quien también estudia el conflicto palestino-israelí– sugiere la hipótesis de que un factor clave del desencadenamiento de actos violentos en la zona de conflicto radicó en el deterioro de las condiciones económicas de los grupos *más educados*.<sup>8</sup> El autor señala, por ejemplo, que durante la década de los ochenta el número de palestinos incorpora-

<sup>6</sup> L. Mees, “Between Votes and Bullets. Conflicting Ethnic Identities in the Basque Country”, *Ethnic and Racial Studies*, núm. 24, 2001, pp. 798-827 (p. 819).

<sup>7</sup> A. Abadie, *Poverty, Political Freedom and the Roots of Terrorism*, Cambridge, Centro Nacional de Investigación Económica (NBER), Documento de Trabajo 10859, 2004.

<sup>8</sup> J. Angrist, “The Economic Returns to Schooling in the West Bank and Gaza Strip”, *American Economic Review*, núm. 85, 1995, pp. 1065-1087.

dos a la fuerza laboral con 12 o más años de educación se duplicó. Sin embargo, la tasa de desempleo entre la población palestina con estudios universitarios se incrementó, en condiciones en las que los salarios reales para este segmento de la población también decrecieron significativamente. Angrist argumenta entonces que el deterioro en las oportunidades económicas asociadas a la fracción de palestinos más educados fue uno de los factores más importantes que originaron la serie de protestas civiles que finalmente condujeron a la intifada de 1988. El punto por resaltar de este estudio es el hecho de que fue el deterioro en las condiciones económicas de los grupos *menos desfavorecidos* el factor que desencadenó acciones de respuesta violentas y no el deterioro en los estándares de vida de la fracción de la población que, comparativamente, poseía menores ventajas económicas.

En una misma línea de razonamiento, Falk y Zweimüller exploran el vínculo existente entre desempleo y violencia de extrema derecha en Alemania para el periodo 1996-1999 y demuestran que, aun cuando existe una asociación positiva entre ambas realidades, los individuos que cometen los ilícitos no son aquellos que sufren los efectos adversos del desempleo. Según este estudio, el deterioro de la situación económica sólo incide sobre el desencadenamiento de actos violentos cometidos por sectores de la población *menos afectada*.<sup>9</sup>

Una forma alternativa de analizar el vínculo entre pobreza y terrorismo es a través del examen del efecto que las políticas de desarrollo económico, instrumentadas por distintos gobiernos para resolver conflictos internos, han tenido sobre el patrón de frecuencia de actividades terroristas. Cragin y Chalk documentan la forma en que los gobiernos de Israel, Reino Unido y Filipinas, países que han enfrentado importantes movimientos terroristas dentro de sus fronteras, han instrumentado programas de desarrollo económico y social como una pieza nodal del proceso de pacificación.<sup>10</sup> La importancia de este estudio radica en el hecho de que, si una de las causas fundamentales del terrorismo es la pobreza, uno esperaría que la *exitosa instrumentación* de esos programas tuviese un impacto positivo tanto en la gesticación como en el patrón de persistencia de actividades terroristas.

Las principales conclusiones del estudio de Cragin y Chalk pueden ser perfectamente ilustradas a través del análisis del conflicto entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte. En primer lugar, los autores sostienen que la instrumentación exitosa de programas de desarrollo (es decir, programas

<sup>9</sup> A. Falk, y J. Zweimüller, *Unemployment and Right-Wing Extremist Crime*. Londres, Centro para la Investigación de Política Económica (CEPR), Documento de Trabajo 4997, 2005.

<sup>10</sup> K. Cragin y P. Chalk, *Terrorism and Development: Using Social and Economic Development to Inhibit a Resurgence of Terrorism*, Santa Monica, RAND, 2003.

que efectivamente disminuyen las desigualdades económicas en la zona de conflicto) sí tiene un impacto positivo sobre el patrón de persistencia del terrorismo. El mismo gobierno británico había reconocido, incluso desde antes de la firma del Acuerdo de Belfast en 1998, que dichas desigualdades entre las comunidades católicas y protestantes habían desempeñado un papel importante en el origen de la confrontación entre las partes. A raíz de ello y, a partir de 1997, el gobierno británico empezó a invertir importantes sumas en Irlanda del Norte en proyectos de gran impacto social como educación, salud, vivienda, regeneración urbana e infraestructura. El objetivo de estas políticas era claro: incrementar la calidad de vida en las áreas más pobres. Adicionalmente a ello, el gobierno británico y la Unión Europea financiaron un fondo común, los denominados *recursos de pacificación*, encaminados a apoyar pequeños proyectos de desarrollo cuya mecánica requería de la participación directa de los beneficiarios en su diseño y aplicación. El fruto de estos esfuerzos ha sido igualmente claro: hoy en día no existen diferencias significativas en términos de educación, salud y vivienda entre las comunidades católicas y protestantes.

El resultado más importante, sin embargo, es el hecho de que las actividades terroristas en Irlanda del Norte han disminuido significativamente en comparación con los niveles observados durante las décadas de los setenta y ochenta. La segunda gran conclusión de este estudio no es menos importante: a pesar del éxito de los mencionados programas de desarrollo en la disminución de la desigualdad económica y social entre comunidades en Irlanda del Norte, éstos han sido incapaces de erradicar definitivamente el terrorismo. En la actualidad, existen al menos dos grupos armados que no han renunciado al terrorismo como vía natural de acción: el Real Ejército Republicano Irlandés, de filiación católica, y la Fuerza de Voluntarios Leales, de filiación protestante.

En consecuencia, la reducción de las desigualdades económicas dentro de una zona en conflicto puede tener un impacto positivo sobre el patrón de frecuencia de cierto tipo de actividades terroristas. La experiencia de Irlanda del Norte demuestra, sin embargo, que también existe un tipo de terrorismo que subsiste aun cuando las desigualdades económicas que posiblemente le dieron origen hayan desaparecido. En otras palabras, hay un tipo de terrorismo para el cual la presencia de desigualdades económicas dentro de una sociedad es siempre periférica respecto de otra causa de distinto carácter que, desde la perspectiva de sus cuadros dirigentes, representa la parte nodal del conflicto. En la medida en que este tipo de terrorismo no tiene como móvil de acción la presencia de desigualdades económicas, su *raison d'être* debe encontrarse claramente en un ámbito distinto del económico.

Concluimos esta parte del ensayo coincidiendo con Audi, quien sostiene que cualquier análisis que busque la motivación moral de los actos de violencia política debe reconocer el insoslayable papel que desempeñan los elementos de bienestar, libertad y justicia.<sup>11</sup> El vínculo entre terrorismo y bienestar económico, objetivo principal de este ensayo, ha sido discutido con cierto detenimiento en esta sección. Aunque una discusión formal de cómo los elementos de libertad y justicia pueden estar asociados a las actividades terroristas se encuentra al margen del objeto de este trabajo, la siguiente sección explora brevemente uno de los posibles vínculos entre libertad y terrorismo, mientras que la relación entre éste y justicia es abordada sucintamente en la sección previa a las conclusiones.

#### LIBERTADES CIVILES Y TERRORISMO

Krueger y Maleckova arguyen que, cuando su estudio se extiende sobre una muestra más grande de países, es posible observar cómo el terrorismo se encuentra orgánicamente asociado a una variable denominada *libertades civiles*, definida por la libertad para externar opiniones, desarrollar instituciones y, en general, gozar de cierto grado de autonomía personal respecto del Estado.<sup>12</sup> Los autores encuentran que, en un nivel dado de ingresos, países con mayores libertades civiles tienen menor propensión a enfrentar actos terroristas dentro de sus fronteras.

El rol de las libertades civiles en la generación del terrorismo es abordado más ampliamente en el estudio de Abadie mencionado anteriormente.<sup>13</sup> Los principales resultados de dicho estudio son dos: a) la ausencia de *libertades políticas* efectivamente representa un factor catalizador de actividades terroristas, y b) la ausencia de libertades políticas afecta la generación de terrorismo de una forma no lineal. En otras palabras, sociedades con muy restringidas o muy amplias libertades políticas están menos propensas a enfrentar actos terroristas que sociedades con niveles intermedios

<sup>11</sup> R. Audi, "On the Meaning and Justification of Violence", en Jerome A. Shaffer (ed.), *Violence*, Nueva York, David McKay Company, 1971, pp. 45-99.

<sup>12</sup> A. Krueger y J. Maleckova, "Education, Poverty and Terrorism: Is There a Causal Connection?", *op. cit.*

<sup>13</sup> A. Abadie, *Poverty, Political Freedom and the Roots of Terrorism*, *op. cit.* Es importante mencionar que este estudio discute propiamente el vínculo entre terrorismo y ausencia de *libertades políticas*, medidas éstas de acuerdo con el índice de derechos políticos de la Freedom House. El autor señala, sin embargo, que los resultados empíricos no serían distintos si en su lugar se utilizara una medida de *libertades civiles*, en virtud de la alta asociación entre ambas variables.

en cuanto a este tipo de libertades. Los resultados de Abadie cobran sentido cuando uno entiende el terrorismo como un recurso violento de manifestación política. En sociedades con amplias libertades civiles, el terrorismo como forma de manifestación política se reduce a su mínima expresión puesto que el entorno social ofrece una amplia gama de vías alternas de manifestación y participación institucional. El anterior argumento no implica necesariamente que este tipo de sociedades estén exentas de actividades terroristas, ya que, en la medida en que posiciones ideológicas extremas consideren "inadecuados" los mecanismos institucionales de participación, el terrorismo podrá ser siempre una amenaza latente.

En contraste, en regímenes dictatoriales, el florecimiento de actividades terroristas se vería dificultado por la misma naturaleza represiva del régimen que incrementa sustancialmente los costos de planeación y ejecución de tales actividades. La implicación más importante del análisis de Abadie se encuentra en el hecho de que son las sociedades con niveles intermedios de libertad política las más propensas a sufrir actos terroristas. El autor señala que precisamente las sociedades que atraviesan por procesos de transición democrática, como España al final de la década de los años setenta o Rusia e Iraq más recientemente, son las más susceptibles a este respecto.

A estas alturas del ensayo, conviene resumir brevemente los principales argumentos expuestos hasta ahora. En primer lugar, hemos ilustrado que el vínculo entre pobreza y terrorismo es, para todos los efectos, virtualmente inexistente. En segundo término, hemos argumentado que existe un tipo de terrorismo que trasciende la esfera económica y cuya explicación atiende a factores de distinta naturaleza. Finalmente, hemos hecho también la observación de que el entorno político e institucional de una sociedad, la presencia o ausencia en ella de libertades civiles y políticas, resulta relevante para entender el grado en que este tipo de actividades pueden ser gestadas en su interior.

#### VALORES SUPREMOS Y TERRORISMO

La línea de razonamiento que hemos seguido a lo largo de este ensayo nos lleva naturalmente a plantearnos la siguiente interrogante. Si la pobreza no es la causa última del terrorismo, ¿qué explica entonces este tipo de actividades? La respuesta es compleja, en tanto que una serie de circunstancias y factores confluyen en su detonación, mismos que sólo pueden ser correctamente evaluados en casos particulares. No obstante esta inherente dificultad, una respuesta tentativa a esta pregunta muy bien podría formularse en los siguientes términos.

En primer lugar, el hecho de que el estrato socioeconómico del que provienen mayoritariamente los terroristas no sea el más desfavorecido de la sociedad no es casual. La razón es simple: para involucrarse en una organización terrorista, el individuo requiere de un alto grado de concientización y compromiso político para con la “causa”, y no es difícil conjeturar que tales niveles de compromiso tienden a encontrarse principalmente dentro de los grupos más educados de una sociedad. La naturaleza de la “causa” puede ser extremadamente variada pero tiene un profundo sentimiento de *injusticia* como común denominador. No obstante, un alto nivel de compromiso político para con una *causa percibida como justa* no implica necesariamente que los miembros de una organización estén dispuestos a abanderar actividades terroristas como medio de acción. ¿De qué manera entonces un cierto grado de compromiso político con una “causa” se transforma en pronunciamientos extremos que conducen al terrorismo? Este proceso de transformación ocurre, en nuestra opinión, cuando las bases sobre las que descansa ese compromiso emanan de un cuerpo ideológico que supone la existencia de un conjunto de *valores supremos*.

Los valores supremos no están sujetos a cuestionamiento alguno, en tanto que su fundamento es de carácter axiomático; y de ellos deriva un código de conducta que debe ser asumido y respetado por todos y cada uno de los miembros de una comunidad.<sup>14</sup> Bernholz menciona que son precisamente las ideologías, *Weltanschauungen*, basadas en la idea de la existencia de un conjunto de *valores supremos*, las que pueden dar lugar al terrorismo como medio de manifestación política e incluso como fin en sí mismo. Desde la perspectiva de un cuerpo ideológico basado en valores supremos, todo individuo incapaz de compartir tales valores posee necesariamente una “incorrecta” visión del mundo, lo que obliga a reformarlo o, en casos extremos, a exterminarlo.

En el ámbito de la literatura, *Animal Farm*, de George Orwell, provee una perfecta ilustración del *modus operandi* de un código de conducta basado en valores supremos. La historia del siglo XX abunda en ideologías políticas basadas en valores supremos. En la hoy extinta Unión Soviética, por ejemplo, un proletario *debía* profesar necesariamente el comunismo puesto que esta doctrina representaba la “correcta” visión del mundo. En la Alemania de los años treinta, por citar otro ejemplo, un ario *debía* ser necesariamente un partidario del nacionalsocialismo porque esta ideología representaba, igualmente, la “correcta” *Weltanschauung*. La fuente ideológica de la agrupación Euskadi ta Askatasuna (ETA), el nacionalismo vasco, declaraba en la década

<sup>14</sup> P. Bernholz, “Supreme Values as the Basis for Terror”, *European Journal of Political Economy*, núm. 20, 2004, pp. 317-333.

de 1890 en voz de uno de sus principales ideólogos, Sabino de Arana-Goiri, que el único “vasco verdadero” era el vasco nacionalista.

No obstante los anteriores ejemplos, el campo más fértil en ideologías con valores supremos es el religioso, cuyas visiones del mundo han motivado importantes persecuciones contra grupos de distinta filiación a través de la historia. La religión cristiana, por ejemplo, ha experimentado fases históricas de gran extremismo, como las Cruzadas y la Santa Inquisición lo ilustran claramente. El ataque con gas nervioso perpetrado en 1994 por la secta Aum Shinrikyo –una secta que combina principios religiosos budistas e hindúes– en el metro de Tokio es tan sólo una muestra más de cómo los valores supremos pueden dominar la estructura de algunos tipos de ideología religiosa. Las ideologías de carácter religioso o secular, estructuradas alrededor de un conjunto de valores supremos, son las que finalmente constituyen la raíz y, por ende, una causa principal de las actividades terroristas.

#### COMENTARIOS FINALES

El terrorismo es sin duda un fenómeno complejo que tiene repercusiones económicas, políticas y sociales importantes. Desde los ataques de septiembre de 2001 en Nueva York, un número significativo de voces se han aventurado a señalar la pobreza como la causa principal de este fenómeno. A lo largo de este ensayo revisamos un conjunto de estudios que demuestran que el vínculo entre pobreza y terrorismo es prácticamente inexistente. Desde un punto de vista estrictamente económico, es la percepción de desigualdad más que la pobreza *per se* el factor que al parecer cataliza cierto tipo de actividades terroristas. Aun en este último caso, el vínculo entre una inequitativa distribución del ingreso y terrorismo no es particularmente sólido, a juzgar por la escasa presencia de actos terroristas en regiones con altos índices de concentración del ingreso, como es el caso de América Latina.

A la luz de los estudios discutidos en este ensayo, concluimos que, aunque la disminución de las desigualdades económicas en el interior de una sociedad puede atenuar el patrón de frecuencia de actividades terroristas, en muchos casos no es posible erradicarlas definitivamente. La razón de la imposibilidad de erradicar de esta manera el terrorismo está en el hecho de que, en sus raíces, el móvil de este tipo de actividades es ajeno a la esfera económica. El origen del terrorismo parece estar más bien en un conjunto de posiciones extremas que, estructuradas en torno de valores considerados supremos, se abrogan el derecho a ejercer la violencia sobre objetivos civiles como vía de acción política.

El combate a la pobreza con el objeto de luchar contra el terrorismo confunde causas y efectos. Si bien esta confusión podría representar una excelente oportunidad para poner en el centro de la agenda internacional la lucha sistemática y concertada contra la pobreza, el riesgo de operar bajo esta premisa radica en el hecho de que estos esfuerzos podrían ser abortados tan pronto como resultara evidente que los objetivos logrados en esta área son incapaces de afectar significativamente la evolución del terrorismo.

El combate a la pobreza y el terrorismo requieren de esfuerzos distintos y las políticas internacionales que pretenden hacerles frente necesitan entender cabalmente la verdadera naturaleza de sus respectivas dinámicas.<sup>15</sup> Nadie cuestiona que el combate a la pobreza sea una *responsabilidad moral* de la comunidad internacional, pero combatirla en la creencia de que así se acabará con el terrorismo es engañoso.

Probablemente el único espacio de solución común a estos flagelos se encuentre en el área de la educación. En el ámbito de la pobreza, diversos estudios han destacado la importancia del capital humano y el acceso a oportunidades educativas en la reducción de la desigualdad económica. Respecto del terrorismo, expertos internacionales han coincidido en el punto de que las posiciones extremas deben ser confrontadas en el terreno de lo ideológico.<sup>16</sup> Más precisamente: a través de la generación de ciudadanos con mayor tolerancia a las diferencias, la educación desempeña un papel insustituible en la superación de visiones del mundo fundamentalistas.

En consecuencia y toda vez que la apertura de mejores oportunidades educativas permite disminuir las desigualdades económicas en nuestras sociedades y, al mismo tiempo, hace posible la convivencia pacífica entre grupos en principio distintos, resulta imperante que los gobiernos pongan mayor énfasis en este importante rubro del desarrollo humano.

<sup>15</sup> Un análisis comparativo de las siguientes dos referencias pone de manifiesto por qué una estrategia integral de combate a la pobreza necesariamente difiere de otra contra el terrorismo. W. Enders y T. Sandler, "The Effectiveness of Antiterrorism Policies: A Vector-Autoregression-Intervention Analysis", *American Political Science Review*, núm. 87, 1993, pp. 829-844. N. Birdsall, D. Rodrik y A. Subramanian, "How to Help Poor Countries", *Foreign Affairs*, julio-agosto de 2005.

<sup>16</sup> T. Børjo, *Root Causes of Terrorism* (resultados de la Reunión de Expertos Internacionales, Oslo, 9 a 11 de junio de 2003), Noruega, Instituto Noruego de Relaciones Internacionales.